

ME SERÉIS TESTIGOS...
UNA INTRODUCCIÓN A LAS EPÍSTOLAS
ECLESIÁSTICAS (3)



por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

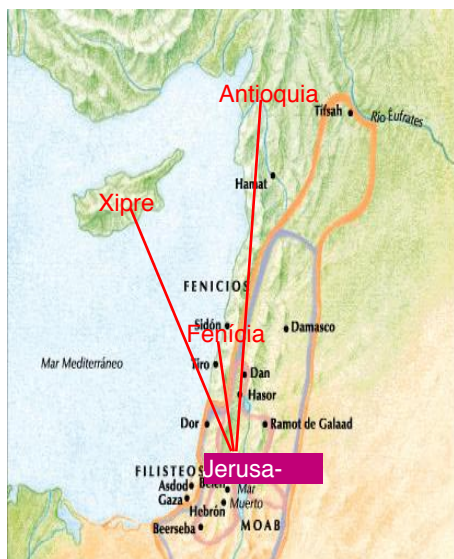
LA IGLESIA SE EXTIENDE A... FENICIA, CHIPRE Y ANTIOQUÍA

Introducción

Hemos visto que la gran persecución que estalló contra la Iglesia de Jerusalén, después de la muerte de Esteban, provocó la dispersión de sus miembros. En un primer momento huyeron hacia Judea y Samaria (Hch 8:1), “anunciando la palabra” (Hch 8:4); pero después huyeron más lejos, tal vez los judíos convertidos de fuera de Jerusalén volvieron a sus casas, e invitaron a ir con ellos a algunos hermanos. Lo cierto es que en el capítulo 11 de los Hechos de los Apóstoles se nos dice: “Y los que habían sido esparcidos por causa de la tribulación que sobrevino en tiempo de Esteban, anduvieron hasta Fenicia, y Chipre, y Antioquía” (Hch 11:19a).

La acción misionera organizada llegó hasta Samaria, Etiopía, Filistea y la Llanura de Sarón, con Felipe, el Evangelista (Hch 8);

y a Lida, Jope y Cesarea con Pedro, el Apóstol (Hch 9 y 10). Pero la acción misionera propia de todo cristiano llegó a regiones muy lejanas, donde aún no habían llegado los Evangelistas ni los Apóstoles con el objetivo específico de extender el Evangelio. Llegaron a regiones paganas, fuera de Israel, pero “no hablando a nadie la palabra, sino sólo a los judíos” (Hch 11:19b).



Fenicia, Chipre...

Fenicia, Chipre y Antioquía son tres lugares a los que llegaron los dispersados de Jerusalén. Pero también podría ser la descripción del recorrido que siguieron aquellos dispersados, por vía terrestre hasta Fenicia, desde allí por vía marítima hasta Chipre, y desde allí nuevamente por vía marítima hasta Antioquía de Siria.

Fenicia formaba parte de la vía terrestre que llevaba desde Jerusalén hasta Antioquía, y fue el camino que siguieron Pablo y Bernabé cuando fueron a Jerusalén (Hch 15:3). Pablo llegó allí de regreso de su tercer viaje misionero, de camino a Jerusalén, haciendo escala en Tiro, y desembarcando en Tolemaida (Hch 21:2-7).

Lo cierto es que cuando Pablo visitó Tiro encontró un grupo de discípulos en la ciudad, y se quedó con ellos siete días, seguramente para poder estar el domingo en el Partimiento del Pan. Esto sucedió unos 12 años después de que llegaran aquellos discípulos que escapaban de Jerusalén, y en aquel momento entre los miembros del grupo había familias completas (Hch 21:4-5).

Chipre es otro de los lugares que se mencionan. Bernabé había nacido allí, y tal vez fue con algunos hermanos hasta Chipre, aunque si esto ocurrió, después volvió a Jerusalén (Hch 11:22). Pero ya consideraremos esta isla mediterránea con más detalla en el próximo capítulo.

...y Antioquía

Seguramente, la Iglesia de Antioquía fue una de las más importantes de la antigüedad, después de Jerusalén; y desde que la Iglesia inició una segunda expansión, ya no debido a la persecución, sino siguiendo un programa misionero organizado.

El grupo inicial (Hch 11:20)

El grupo inicial de cristianos que llegó a Antioquía estaba formado por personas originarias de Chipre y Cirene. Llama la atención que los que eran de Chipre no fuesen o se quedasen en su tierra, y que los de Cirene, una región del norte de África en la que había una

colonia judía importante, decidieran ir con ellos a Antioquía. Esta manera de actuar parece indicar que aquellos cristianos llegaron a la ciudad con la intención de predicar el Evangelio a los que residían allí. Antioquía era una buena base para extenderse hacia el interior de Asia.

Inicio y crecimiento de la obra en Antioquía (Hch 11: 20 y 21)

Los cristianos que llegaron a Antioquía provenían del judaísmo helenista, aquel que se había desarrollado en los territorios en que dominaba la cultura y lengua griegas. En Jerusalén tenían su propia sinagoga, la de los libertinos, que integraba a judíos originarios de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia (Hch 6:9).

Por eso, cuando entraron en Antioquía, no tuvieron problemas para hablar a los helenistas, con los que compartían lengua y cultura, aunque no el mismo Dios, anunciándoles el Evangelio del Señor Jesús. La reacción de los oyentes fue sorprendente, un gran número de ellos se convirtieron al Señor. La respuesta positiva al Evangelio no se frenó, puesto que Lucas afirma que mucha gente fue agregada al Señor cuando Bernabé llegó de Jerusalén (Hch 11:21, 24b).

No tenemos información sobre el número de creyentes que formaban aquella iglesia, puesto que casi nunca la Escritura habla de cifras, pero lo cierto es que el grupo iba aumentando. Llegaron a ser bien conocidos en la ciudad, donde la gente los llamaba “cristianos”.

Los lazos que mantenían con Jerusalén (Hch 11:22)

Parece que los creyentes que habían salido de Jerusalén debido a la persecución, y habían llegado a Antioquía, mantenían lazos con la Iglesia de Jerusalén. Es lógico creer que fueron los mismos cristianos de Antioquía los que informaron de lo que estaba sucediendo a la Iglesia en Jerusalén, más el hecho era excepcional por dos razones: el gran número de personas que se convertía, y que eran gentiles de cultura helenista.

En ésta ocasión no fueron los Apóstoles los que enviaron a dos de ellos, como sucedió en Samaria; fue la Iglesia como un todo que, al recibir la noticia, resolvió enviar a Bernabé, para ayudar en la edificación de aquella iglesia local, e informar si todo iba como era de esperar.

Bernabé fue gratamente sorprendido cuando vio con sus ojos lo que el Señor estaba haciendo en Antioquía, la gracia de Dios se estaba manifestando y no pudo hacer más que alegrarse. Inicialmente se dedicó a exhortar a los hermanos: “exhortó a todos a que permaneciesen en el propósito del corazón en el Señor” (Hch 11:23b); y después, con la ayuda de Pablo, al cual fue a buscar a Tarso, instruyeron a muchos por un año (Hch 11:26).

Los lazos con Jerusalén eran fraternales, no organizacionales: había relación, comunión y colaboración en medio de las necesidades. Jerusalén envió a Bernabé a ayudar a aquella nueva Iglesia, y la Iglesia de Antioquía envió ayuda económica a la Iglesia de Jerusalén, para los hermanos de Judea, cuando supo que habría una gran hambre. Independencia y comunión son las dos notas que se manifiestan en un armonioso equilibrio.

Un consejo establecido (Hch 13:1-2a)

Los hermanos que llevaban la dirección espiritual en Antioquía son llamados “profetas y doctores”; y entre ellos estaban Bernabé y Saulo, que habían venido a formar parte de la Iglesia local de Antioquía. Los otros eran Simón, Lucio cireneo y Manaén.

Después de Jerusalén, la Iglesia de Antioquía es la primera de la que conocemos el nombre de los hermanos que cuidaban espiritualmente de ella, de sus pastores. Su tarea es descrita como un servicio al Señor, que se concretaba en el ejercicio de los ministerios de profecía y enseñanza. Era un grupo plural de hermanos, cinco en concreto, y Bernabé y Saulo era dos más de ellos. Esto muestra que Antioquía era una Iglesia consolidada y bien atendida espiritualmente.

Antioquía envía sus primeros misioneros (Hch 13:2-3)

La multiplicidad de “profetas y doctores”, de pastores para atender las necesidades de dirección y edificación de la Iglesia, les permitió desprenderse de Bernabé y de Saulo para una nueva tarea.

El Espíritu Santo nunca deja una iglesia local sin pastores que lleven la dirección espiritual; llama a estos a tareas más allá de la Iglesia local cuando hay otros que pueden suplir la tarea adecuadamente.

Mientras sus “profetas y doctores” servían al Señor, y lo hacían con ayunos, fue que el Espíritu Santo les dijo que había llegado el momento de extenderse a otras regiones, y que los que habían de marchar eran Bernabé y Saulo. El Espíritu ya los había llamado, y ahora lo comunicaba al consejo de ancianos de Antioquía para que los encomendaran como Iglesia a esta importante tarea.

Los “profetas y doctores” no los enviaron sin la comunión de toda la Iglesia local, pues aunque no tenemos una descripción concreta del hecho, vemos que esta era la manera en que las Iglesias del primer tiempo vivían la realidad del Cuerpo de Cristo: haciendo las cosas en unanimidad con el Señor y entre los hermanos.

Tarso (Hch 11:25)

Mientras se establecía el Evangelio en Antioquía, no muy lejos de allí, en el interior de Asia Menor, en la ciudad de Tarso, se encontraba Pablo. Lo sabemos porque Bernabé fue a buscarlo para que lo ayudara en la obra que tenía que llevar a cabo en Antioquía.

Fueron los hermanos de Jerusalén los que enviaron a Pablo a Tarso, cuando los judíos helenistas de Jerusalén intentaron matarlo (Hch 9:29-30). Allí permaneció, aunque no creemos que se estuviera callado, sino que daría testimonio a su familia y a los judíos de la sinagoga de aquella ciudad. No sabemos si el Señor usó a Pablo para establecer una iglesia local allí, probablemente, aunque no nos ha llegado ninguna información al respecto.

Conclusión

Cuando la Iglesia de Antioquía envió a Bernabé y Pablo a la obra misionera, en obediencia al Espíritu Santo, el Evangelio se había extendido además de por Judea, Samaria y Galilea, también a Damasco, Siria, Etiopía, Fenicia, Chipre y Antioquía. Ahora se iniciaba una nueva etapa de expansión bajo la guía del Espíritu Santo, que haría llegar el Evangelio a las primeras regiones de Asia Menor.

Antioquía fue el primer lugar donde se anunció el Evangelio tanto a judíos como a gentiles; por eso los misioneros que salieron de allí no tuvieron ningún problema para aplicar el mismo principio en las ciudades a las que llegaron, predicando tanto a judíos como a gentiles.

Edicions Cristianes Bíbliques